

Luis Durand

Significación de Lastarria (1)



EN medio del vórtice tumultuoso de las pasiones políticas, surgiendo del caos informe de la ambición personal desorbitada, irrumpe de pronto, cual cimera resplandeciente, la voz del espíritu. Hasta ese momento, después de la pesada y larga noche colonial, sólo el bronce guerrero, junto al colorido flamear de las banderas insurgentes, había estremecido el corazón criollo. La raza transplantada, retoño fuerte y orgulloso que surgía de la tierra nueva, no solo tenía sed de libertad, sino también de honores, de goces y prebendas que la nacionalidad irredenta, antes no le permitió alcanzar.

Diríase que una exaltación primitiva, casi animal se enseñoreaba en el ambiente. Porque la tierra daba más de lo que le pedían y así la vida era fácil y regalada. Remanso de copiosos desayunos, de pantagruélicos almuerzos, de dulces siestas sin impertinencia de tráfago urbano, epilogadas por el oloroso ronquido del mate. Gangosco de letanías cuando el ala de la primera sombra crepuscular se columpiaba en los últimos reflejos del sol poniente y se cernía en el aire, que traía un susurro de balada, el perfume de una huerta y el recogido son de una campana.

Mas, todo este lento transcurrir de vida, era poderosa ener-

(1) Discurso pronunciado en la inauguración del busto a Lastarria en el Liceo de su nombre.

gía que se iba acumulando hasta estallar de súbito como una represa que revienta. Turbión de pasiones que llevaba en su seno, orgullo y soberbia de señores autoritarios, de crueles y duros amos que no reconocían más voluntad que la suya, en la mina o en el latifundio donde seguía imperando el régimen de la encomienda. También rebeldía de rotos y de huasos corajudos que se echaban al monte para ser bandidos, o se alistaban jubilosos bajo el trapo bastardo del motín y la revuelta. Era preciso gastar esa fabulosa energía de algún modo. El huaso galopando cien leguas, ufano de su poncho y de su lazo trenzado que laceaba animales en el campo y hombres en las batallas; y el roto que, desdeñoso de la muerte, no tenía más devoción que un potrillo de chicha y más fe que su corvo de siniestros reflejos.

En esta forma el pensamiento era como un sol tímido entre espesas nubarradas. El arte, apenas un incipiente afán imitado de lo europeo, que aparecía como planta exótica, carente de originalidad y de propia inspiración. Una espesa cortina de sombras coloniales, de prejuicios y limitaciones se oponía al vuelo creador del artista. El hombre de sensibilidad no se daba cuenta de la portentosa riqueza de temas que lo rodeaba, dedicándose a calcar, sugestionado por falsos conceptos, los moldes estéticos del Viejo Mundo.

Es en esta etapa de la vida social chilena; cuando de pronto se alza la voz de un joven maestro, que habla obedeciendo a las propias sugerencias de su espíritu. Era don J. V. Lastarria. En su silueta de perfil aquilino,—también en su mente un águila extendía las alas—en la frente amplia, en el mentón acusado y en la luz acerada de sus pupilas, advertíase la decisión de una voluntad insobornable. Aquel mozo de 25 años hablaba impulsado por una grande ilusión, poseído por un mesiánico fervor, agitado por una ráfaga de romántico ensueño. Y, no obstante su juventud, sus ideas eran claras, definidas, precisas. No jugaba con la retórica, ni dibujaba quimeras más o menos inalcanzables. Origi-

nalísimo en sus ideas, era sobrio, ponderado y certero para exponerlas.

«La naturaleza americana,—decía—tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote el venero inagotable de las bellezas que contiene».

En estas palabras sugestionadoras está el sólido cimiento sobre el cual Lastarria, fundaba en mayo de 1842, la Sociedad Literaria. Era la incitación a buscar nuevos caminos que, ampliando el horizonte artístico, permitieran crear una literatura forjada con elementos propios, que reflejara el carácter y las costumbres de un pueblo. Destacar lo típico buscando en el sentimiento colectivo, sus matices emocionales. Extraer de su alegría y de su dolor la expresión más honda del alma nacional. De las escenas de costumbres y los variados accidentes del paisaje, la gracia nativa y la esencia autóctona de la tierra. Hacer desfilar, animados por el divino soplo del arte, en un ritmo de vida palpitante, seres humanos, animales, árboles, ríos, montes y llanuras con sus nombres auténticos y su sabor original.

En el ambiente oscurantista de su época, la figura de Lastarria es la antorcha que se levanta más alta para mostrar a la conciencia ciudadana los vicios y resabios de su tiempo. Habíamos obtenido la independencia política, pero el pueblo y la clase media seguían sumergidos en la esclavitud económica y doblegadas por la injusticia social. Frente a una sociedad cruel y egoísta, sorda para oír las verdades que proclamaba su talento clarovidente, la irreductible energía de Lastarria no flaqueó jamás. Su carácter era de una sola pieza y sus doctrinas, fueron para él, como dogmas de fe. Actuó en política para contener y fiscalizar los desbordes de quienes ejercían el poder. Escribió para predicar con el ejemplo, ciñéndose a las normas enunciadas en su célebre discurso con que inauguró la Sociedad Literaria.

No fué Lastarria, en modo alguno, el ideólogo inerte. En el terreno de la acción demostró su calidad de luchador. Tal vez

podiera achacársele falta de ductilidad en su sostenida brega por alcanzar los ideales que le impulsaban. Es que su moral no admitía componendas de esas que lindan casi siempre con la claudicación. En la mayor parte de sus luchas estuvo solo, pero esa soledad no le arredró. Por el contrario retempló su espíritu y le dió ánimos para atrincherarse en su rincón; para recuperarse más íntegramente a la grande, a la bella y noble intransigencia de su espíritu cuando exigía que el enemigo se rindiera a discreción.

Los escritores chilenos le deben a Lastarria la inspiración de su actitud ejemplar y orientadora. Acatando sus ideas han interrogado a la naturaleza de Chile, persistiendo en el anhelo de reflejar en el arte literario, ese venero inagotable de bellezas que contiene, y que él, fué el primero en destacar.

Yo no sé, si deseándolo, o no, siguieron su ejemplo de soledad. Porque nadie los ayudó en la realización de su arte, aliviando sus tareas y mejorando sus medios de subsistencia. Trabajaron honradamente en las labores que les tocó ejercer dentro de la colectividad, cumpliendo además, con ese imperativo que como un grito les salía desde el fondo del pecho. Jamás Gobierno alguno dió muestras de consideración y aprecio por la labor literaria que realizaron. Y es que en el concepto vulgar y generalizado, el escritor seguía siendo el bohemio, melenudo, sucio y mal oliente, que perdía el tiempo emborronando cuartillas. Sólo por excepción los Gobiernos le dieron algún cargo de honor y responsabilidad. Y casi siempre fué a aquellos que pertenecían a la aristocracia o actuaban en un partido político. No precisamente para reconocer la valía de su obra, ni la significación que ella tenía para Chile.

En estos días en que se cumplen cien años de vida espiritual en Chile, la figura de Lastarria, adquiere, por su inusitado relieve toda su magnífica significación. Vivimos una época de prueba en que la humanidad ha visto para su desgracia, cómo las más altas conquistas del pensamiento se han derrumbado y

cómo desde sus ruinas la voz de histéricos profetas se alza para escarnecer el concepto de libertad. Son muchos los pueblos que hoy gimen agobiados por la imposición de la fuerza. Atila no va ahora en un caballo cuyos cascos queman la tierra por donde pasa. Va encaramado en un monstruo de acero que vomita la muerte y el duelo por doquiera. Se trata de imponer la ley de la metralla, como único derecho sobre el mundo. Y para un pueblo, en el cual, felizmente, aún brilla el sol de la libertad, es motivo de justo orgullo rendir homenaje de admiración y gratitud, al hombre que dedicó su vida y su talento a defenderla como uno de los más altos atributos del alma humana.

Para nuestra nacionalidad, Lastarria es un símbolo permanente pues representa la voz del espíritu que bien sabemos que jamás puede morir.